

IGLESIA DIOCESANA

OBISPO

CARTAS PASTORALES

Carta pastoral con motivo de la Cuaresma, 2021 La Cuaresma: una oportunidad nueva

Hermanas y hermanos:

En el Mensaje para la Cuaresma de este año, el papa Francisco nos recuerda que, *en el actual contexto de preocupación en el que vivimos y en el que todo parece frágil e incierto, hablar de esperanza podría parecer una provocación*; sin embargo, es para nosotros una necesidad y, al mismo tiempo, una exigencia. Pero, ¿de qué esperanza hablamos? Estamos contemplando cómo muchísimas personas, quizás también nosotros, hemos puesto nuestra esperanza en que el año 2021 traería la superación de la pandemia que nos afecta. Sin embargo, comprobamos con dolor que las cosas no van bien y, en cierto modo, parece que estamos viviendo experiencias que nos llenan de temores y miedos a causa del aumento de ciudadanos infectados por el covid-19. Da la sensación de que ya no estamos seguros en ninguna parte, ni en nuestros hogares, ni siquiera en nuestros templos, a pesar de las estrictas medidas higiénicas y al cumplimiento escrupuloso del protocolo establecido por las autoridades sanitarias.

Ante esta situación, la Iglesia, como profeta en medio de este mundo, siguiendo la dinámica de la gracia, en cuya perspectiva desea que nos situemos, quiere salir a nuestro encuentro y, en este tiempo de Cuaresma, desea despertarnos de nuestra inercia para que sepamos contemplar la realidad del mundo, de los otros y de nosotros mismos, con una mirada distinta. En medio de tantas esperanzas truncadas, de promesas incumplidas y de ilusiones frustradas, surge con fuerza la Palabra de Dios que traza delante de nosotros el horizonte correcto en el que debe situarse nuestra existencia, porque: ***Hemos puesto nuestra esperanza en Cristo*** (1 Cor 15,19).

1.- Cuaresma: una oportunidad nueva

La Cuaresma es una ocasión providencial en la que el Señor nos vuelve a ofrecer un tiempo propicio de conversión porque *está cerca el reino de Dios* (Mt 1,14), y el Espíritu nos está diciendo que *el momento es apremiante* (1 Cor 7, 29). En sí misma, esta es una ocasión para prepararnos adecuadamente y poder celebrar bien, es decir, con el corazón renovado, el gran Misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo; y descubrir, una vez más, que *la pascua de Jesús no es un*

*acontecimiento del pasado: por el poder del Espíritu Santo es siempre actual y nos permite mirar y tocar con fe la carne de Cristo en tantas personas que sufren*¹.

Aunque son muchos los recursos que nos pueden ayudar a vivir, tanto personal como comunitariamente, este tiempo de conversión y de gracia, quisiera ofrecer esta reflexión que la he centrado en tres “culturas”, inspirándome en el pensamiento que el papa Francisco nos ha dejado en sus escritos: cultura del silencio, de la mirada y del cuidado.

a) **La “cultura del silencio”**. En el primer domingo de Cuaresma, la Palabra de Dios nos invita a dejarnos “empujar” por el Espíritu e irnos al desierto (cfr. Mc 1,12). Esta cuarentena que se vive en la Iglesia es un tiempo de Dios para nosotros. Necesitamos descubrir cómo podemos hacer que nuestra existencia sea también para Dios. Esta experiencia sólo podemos realizarla si dedicamos un tiempo para ponernos cara a cara con el Señor. Para lograrlo os invito a crear esa *cultura del silencio* en nuestro entorno. Sin querer, los creyentes nos estamos dejando llevar del ruido, no tanto externo, sino interno. Estamos experimentando cómo, cada vez con más intensidad, nos sentimos atrapados por la tecnología. Incluso para rezar, hemos dejado, la mayor parte de las veces, el libro de oración por el móvil. En nuestro pequeño teléfono lo tenemos todo: Biblia, Liturgia de las Horas, Misal, Leccionario, libros de lectura espiritual, la novela de turno y, de manera especial, estamos “conectados” y abiertos a todo el mundo, y respondemos con rapidez, mientras, la mayor parte de las veces, a ese Dios que quiere entrar en contacto con nosotros lo *aparcamos*, y se puede dar el caso de que a menudo *ocupados en tantas cosas*, aunque sean las cosas de Dios, no estamos operativos para escuchar al Señor de las cosas.

Quisiera que se me entendiese bien. No soy enemigo de la tecnología actual, que nos aporta una serie de instrumentos para facilitarnos la vida, también la espiritual; sin embargo, debiéramos plantearnos, personal y comunitariamente, una abstinencia en el uso de estos medios. Necesitamos hacer la experiencia de que nosotros somos sus dueños y señores, y no sus esclavos; ellos son instrumentos que nos sirven y ayudan para lograr unos objetivos. En este sentido son clarificadoras las palabras del papa Francisco en su Mensaje de este año: *La Cuaresma es un tiempo para creer, es decir, para recibir a Dios en nuestra vida y permitirle «poner su morada» en nosotros (cfr. Jn 14,23). Ayunar significa liberar nuestra existencia de todo lo que estorba, incluso de la saturación de informaciones -verdaderas o falsas- y productos de consumo, para abrir las puertas de nuestro corazón a Aquel que viene a nosotros pobre de todo, pero «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14): el Hijo de Dios Salvador.*

Para lograr este proyecto, el silencio es imprescindible para renovar en nuestra vida cotidiana el hábito del silencio, porque *estamos aturdidos por tanto ruido*,

1 FRANCISCO, *Mensaje para la Cuaresma* 2021.

*tanto tumulto, tantas voces de nuestra ruidosa y en extremo agitada vida moderna*². La *gracia del silencio*³ nos capacita para el recogimiento y la oración, potencia nuestra vida interior y nos ayuda a estar siempre abiertos para escuchar las mociones del espíritu del Señor que nos habla en medio de esa *soledad sonora*, como nos enseña el gran maestro san Juan de la Cruz. Por otra parte, y conviene no olvidarlo, el silencio se convierte en el ambiente propicio para que se enriquezca nuestro estudio y se robustezca la reflexión y la meditación de los problemas de la vida y de la Iglesia. Sólo contando con la *gracia del silencio* seremos capaces de contemplar la situación actual con esperanza y optimismo.

Con el silencio exterior e interior encontraremos el clima adecuado para cuidar la lectura creyente de la Palabra, que es clave para toda oración auténticamente cristiana. No nos olvidemos de la experiencia de los grandes maestros del espíritu que nos recuerdan que *cuando lees, te habla Dios; cuando oras, tú hablas a Dios*⁴. El Concilio Vaticano II nos recuerda que la lectura asidua de la Escritura es necesaria para adquirir *la ciencia suprema de Jesucristo* (cfr. Flp 3,8-11) y afirma, además, que *a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras*⁵.

b) La “cultura de la mirada”. En la Exhortación apostólica *Christus vivit* se nos ofrece la que pudiéramos denominar praxis de la mirada : *Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez*⁶. La Cuaresma es tiempo de creer, de austeridad personal y comunitaria, de conversión; es un momento especial para vivir la caridad, que es el impulso del corazón que nos hace salir de nosotros mismos y que suscita el vínculo de la cooperación y de la comunión. De manera especial en estos momentos de tanto dolor y con tanta precariedad laboral y económica, tenemos que dejarnos llevar de la *dimensión creativa de la caridad*⁷ y saber descubrir cómo podemos responder personal y comunitariamente a tantas necesidades. No es fácil en la sociedad actual, tan rápida en los mensajes y fugaz en las imágenes, que podamos centrar nuestra mirada en lo fundamental. Durante este tiempo, si cultivamos la oración y la lectura creyente de la Palabra de Dios, seremos capacitados para contemplar la realidad de nuestra propia vida, del mundo que nos

2 SAN PABLO VI, *Alocución en Nazaret*, 5 de enero de 1964.

3 FRANCISCO, *Reflexiones en esperanza*, Vaticano 2013, p. 115.

4 SAN AGUSTÍN, *Comentario sobre los salmos*, 85,7.

5 LG 25.

6 FRANCISCO, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, nº 123.

7 Esto está recogido en el “Objetivo específico tercero: Acción Caritativo-Social y comunión” de la *Programación Diocesana de Pastoral 2020-2021*.

rodea y la de los demás a través de los ojos de Jesucristo, que es el *Evangelio vivo*. Al saber mirar la realidad en nuestra vida, fructificarán las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales⁸, imprescindibles para vivir el espíritu de conversión al que nos invita la Iglesia. No podemos olvidar la praxis penitencial tradicional en la comunidad cristiana, por eso necesitamos cuidar *el ayuno, la oración y la limosna, tal como los presenta Jesús en su predicación (cfr. Mt. 6,1-18). La vía de la pobreza y de la privación (el ayuno), la mirada y los gestos de amor hacia el hombre herido (la limosna) y el diálogo filial con el Padre (la oración) nos permiten encarnar una fe sincera, una esperanza viva y una caridad operante*⁹.

A pesar de vivir en una sociedad tan compleja, recorrida por la fuerte ideología del materialismo, con el consumismo subsiguiente y el excesivo cultivo de la dimensión corpórea del ser humano, no podemos olvidar aquellas palabras, casi proféticas, de san Juan Pablo II, que siguen siendo de perenne actualidad: *La disciplina penitencial de la Iglesia no puede ser abandonada sin grave daño, tanto para la vida interior de los cristianos y de la comunidad eclesial como para su capacidad de irradiación misionera*¹⁰. Al saber mirar el mundo que nos rodea y al contemplarlo así en toda su crudeza, en su verdad, nos daremos cuenta del sinsentido de muchas de nuestras acciones, de tantas miradas perdidas y gastadas en experiencias que avejentan el espíritu y empobrecen la inteligencia humana. ¡Qué buena praxis sería en esta Cuaresma que fuésemos capaces de apagar la TV, cerrar nuestro móvil durante una serie de momentos en nuestra jornada, aparcarse durante esta “fiesta de los cuarenta días”¹¹ nuestros sistemas operativos! Estoy por asegurar que esta determinación sería beneficiosa para nuestra salud física y espiritual.

c.- Cultura del cuidado. De ella nos hablaba recientemente el papa Francisco al comienzo de este año, en el Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz. La Cuaresma es una ocasión para vivir, en la comunión de la Iglesia, un proceso de conversión que siempre tiene como tres direcciones: cuidarnos a nosotros mismos, cuidar a los demás y esmerarnos en lograr el cuidado de nuestro mundo. Se trata de vivir esa ecología humana como clave y fundamento de esa otra más general y cósmica. Para lograr este objetivo, la praxis eclesial, casi desde el comienzo de la expansión del cristianismo, nos ha invitado al ayuno, siguiendo el modelo de Jesús en sus cuarenta días en el desierto.

Este tiempo litúrgico, especialmente fuerte e intenso, nos ayuda a sentirnos miembros activos de un pueblo que quiere vivir la experiencia del desierto y seguir el mandato de Cristo: *Cuando ayunéis, no pongáis cara triste (...), sino per-*

8 Cfr., *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 2447.

9 FRANCISCO, *Mensaje para la Cuaresma*, 2021.

10 SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, n° 26g.

11 Cfr., J. RATZINGER, *El camino de la vida. Homilias en el año litúrgico*, Barcelona 2019, p. 56.

fúmate la cabeza y lávate la cara (Mt 6,16-18). Así lo entendieron los santos. Recordemos las palabras con las que san Benito se dirigía a los monjes: *Con un gran gozo espiritual queremos vivir este tiempo*¹². He ahí por qué decimos que la cuaresma debe ser entendida como “la fiesta de los cuarenta días” en la que juntos, toda la comunidad, nos reunimos para vivir ese camino penitencial porque tenemos puesto nuestro objetivo final en la vivencia de la Pascua. En este sentido, el papa Francisco nos invita a que, *recorriendo el camino cuaresmal, que nos conducirá a las celebraciones pascuales, recordemos a Aquel que se «humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,8). En ese tiempo de conversión renovemos nuestra fe, saciemos nuestra sed con el “agua viva” de la esperanza y recibamos con el corazón abierto el amor de Dios que nos convierte en hermanos y hermanas en Cristo.* El Señor nos ofrece un tiempo favorable, a pesar de la presencia -a veces dramática- del mal en nuestra vida, al igual que en la vida de la Iglesia y del mundo. Este espacio que se nos ofrece para un cambio de rumbo manifiesta la voluntad tenaz de Dios de no interrumpir el diálogo de salvación con nosotros.

Existe, también, otro camino cotidiano que debemos descubrir y que forma parte de esa *cultura del cuidado*¹³ y que es esa exigencia que nos lleva a descubrir lo importante que son las pequeñas acciones de cada día, que están dirigidas a cuidarnos a nosotros mismos, a las personas que nos rodean, nuestro entorno físico y todo el cosmos; desde esta perspectiva se puede entender lo importante que es *decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan, en lugar de palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian*¹⁴. Con este talante se pueden hacer nuevas todas las cosas (cfr. Ap 21,5).

2.- Tiempo para la reconciliación. Todas estas situaciones que hemos descubierto dentro de lo que hemos denominado “cultura” del silencio, de la mirada y del cuidado las podemos lograr si nos mantenemos en la dinámica de la gracia y del don de la misericordia del Dios que nos ama. Por ello, la Cuaresma es un tiempo especial para dejarnos interpelar por la Palabra que nos dice: *Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios* (2 Cor 5,20). Somos conscientes de que la celebración y vivencia del Sacramento de la Penitencia ha experimentado una cierta devaluación en la vida cristiana, tanto personal como comunitaria, así lo reflejaban los obispos españoles en la *Instrucción pastoral sobre el sacramento de la penitencia. Dejaos reconciliar con Dios* (1989) un documento que, a pesar de los años transcurridos, no ha dejado de ser actual. Os

12 SAN BENITO, *Regla*, 49,7.

13 Fue propuesta por el papa Francisco en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2021.

14 FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, nº 223.

invito a que lo convirtáis, durante este tiempo propicio, en objeto de una lectura pausada y meditativa.

A pesar de todas las crisis experimentadas, somos conscientes de que se han hecho grandes esfuerzos tanto en la catequesis como en la predicación para revitalizar no sólo la praxis, sino también la importancia de este Sacramento de Curación, imprescindible para llevar a cabo la renovación y revitalización de nuestras comunidades eclesiales en todos sus miembros y, consiguientemente, para una presencia reconciliadora y renovadora de los cristianos en la sociedad actual. Dentro de la Cuaresma de este año, y en la perspectiva de lo ya reflexionado en una de las sesiones del Sínodo Diocesano, os invito a seguir revitalizando el Sacramento de la Penitencia. Los centros de atención pastoral y de referencia, ya sea de las Unidades de atención parroquial como de las zonas pastorales, se han pensado para que fuesen esos ámbitos de encuentro y de sanación, tanto de los laicos, como de los miembros de la vida consagrada y de los mismos sacerdotes, y se convirtiesen en esos *lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales*¹⁵. En esos espacios eclesiales encontraremos lo que todos deseamos, buscamos y necesitamos, tanto para superar las fronteras de la soledad, como para poder ofrecer puntos de referencia en donde los fieles puedan ser atendidos, escuchados, confesados, y se pueda llevar a cabo ese *arte del acompañamiento espiritual*¹⁶, que ha sido, a lo largo de la historia de la Iglesia, cauce y germen de vocaciones a todos los estados de vida cristiana.

Además de estos centros, conviene no olvidar que los muchos santuarios que existen en nuestra Diócesis, así como la Iglesia Catedral y algunos templos especialmente significativos, deben esmerarse por ofrecer un horario conveniente y adecuado a las necesidades de los fieles, para que éstos puedan encontrar los ministros idóneos que les puedan ofrecer la oportunidad de recibir el Sacramento de la Reconciliación, sabiendo que para un hijo de la Iglesia Católica, *este es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de los pecados graves cometidos después del Bautismo*¹⁷.

Conclusión

Aprender a mirar a Cristo es el camino que nos puede llevar, de forma expedita, por este itinerario cuaresmal. Las circunstancias adversas por las que está pasando todo este mundo globalizado pueden aplastarnos y llevarnos a encerrarnos en nosotros mismos, aherrojados por el temor a contagiarse o a contagiar a los

15 FRANCISCO, Exhortación pastoral *Evangelii gaudium*, n° 77.

16 *Ibid.*, n° 169-173.

17 SAN JUAN PABLO II, o. c., n° 31.

demás. En esta situación, el camino que nos propone la Iglesia, que es el de siempre, se nos ofrece hoy a través de una serie de nuevos matices que constituyen esa *cultura del silencio, de la mirada y del cuidado* que nos hará libres de verdad.

Cuidémonos a nosotros mismos, valorando el silencio externo e interno como ese humus imprescindible para que el tiempo de oración nos cure y nos dé esperanza. Lo lograremos si nos dejamos mirar por el Dios de la misericordia y buscamos la ayuda de los hermanos, porque solos no podemos. Que tengáis un camino feliz hacia la Pascua.

Os bendice con afecto y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

MENSAJES

Miércoles de Ceniza
Tiempo de reconciliación

Este Miércoles de Ceniza comienza el tiempo que la Iglesia dedica a la preparación para la Pascua. Serán 40 días propicios para la conversión de vida y la reconciliación.

El papa Francisco en el Mensaje para la Cuaresma de 2020, recordando la Exhortación apostólica “Christus vivit”, nos ofrece lo que pudiéramos denominar una cultura de la mirada, dice: “Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez”.

Es tiempo de conversión para vivir la caridad, que es el impulso del corazón que nos hace salir de nosotros mismos y suscita el espíritu de cooperación y de comunión, de manera especial en estos momentos de tanto dolor y con tanta precariedad laboral y económica. Tenemos que dejarnos llevar de la dimensión creativa de la caridad y saber descubrir y responder, personal y comunitariamente a las necesidades.

Existe, también, otro camino cotidiano que debemos descubrir: la *cultura del cuidado*, esa exigencia nos lleva a descubrir lo importante que son nuestras pequeñas acciones cotidianas para cuidarnos nosotros mismos, a las personas que nos rodean, nuestro entorno físico y todo el cosmos. Desde esta perspectiva se puede entender lo importante que es decir palabras de aliento, que reconfortan, fortalecen, consuelan y estimulan, en lugar de palabras que humillan, entristecen, irritan y desprecian. Descubramos lo importante que son nuestras palabras y las afirmaciones cuando se asientan en la verdad y no en la mentira o en la fabulación; si somos positivos, con ese talante se pueden hacer “nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

Todo esto lo podemos lograr si nos mantenemos en la dinámica de la gracia y del don de la misericordia del Dios que nos ama. En la Cuaresma recobran una fuerza especial estas palabras: “Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (2 Cor 5, 20). Somos conscientes de que la celebración y vivencia del Sacramento de la Penitencia ha experimentado una cierta devaluación en la vida cristiana, así lo reflejaban los obispos españoles en la “Instrucción pastoral sobre el sacramento de la penitencia. *Dejaos reconciliar con Dios*” (1989) un documento que, a pesar de los años transcurridos, no ha dejado

de ser actual.

Gran importancia tiene en nuestra vida este sacramento de curación, imprescindible para llevar a cabo la renovación y revitalización, tanto de nuestra propia vida como la de nuestras comunidades eclesiales. Dentro de la Cuaresma de este año, y en la perspectiva de lo ya reflexionado en una de las sesiones del Sínodo Diocesano, os invito a que se revitalice el Sacramento de la Penitencia. Los centros de atención pastoral y de referencia, las Unidades de atención parroquial, se han pensado que fuesen esos ámbitos de encuentro y de sanación de todo el Pueblo santo de Dios. Lugares para regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, para discernir en profundidad con criterios evangélicos la existencia y experiencia, para orientar al bien y a la belleza las elecciones individuales y comunitarias. En esos espacios encontraremos lo que deseamos y necesitamos para superar las fronteras de la soledad y ofrecer puntos de referencia en donde los fieles puedan ser atendidos, escuchados, confesados y se pueda llevar a cabo ese acompañamiento espiritual, que ha sido en la historia de la Iglesia cauce y germen de vocaciones a los distintos estados de vida cristiana.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

HOMILÍAS

Misa Crismal

Catedral de San Martín de Ourense, 31 de marzo de 2021

Querido D. Francisco José, Obispo Auxiliar electo de Santiago de Compostela.

Mis queridos hermanos en el sacerdocio.

Miembros de la Vida Consagrada.

Seminaristas.

Hermanas y Hermanos:

Cantaré eternamente tus misericordias, Señor (Sal 88)

Con el Salmo responsorial de esta liturgia de la Misa Crismal quisiera iniciar esta reflexión con vosotros. ¡Mis queridos hermanos en el sacerdocio! ante los prodigios que el Buen Dios ha realizado en cada uno de los que hemos sido ordenados, sin mérito alguno por nuestra parte, decimos con el salmista: *Cantaré eternamente tus misericordias, Señor*. Porque el Espíritu del Señor, en la Iglesia, *se ha posado en nosotros, nos ha ungido y nos ha enviado* para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones rotos, para proclamar el perdón y la misericordia, para anunciar el Evangelio de la Gracia.

Con las palabras de la profecía de Isaías, que recoge el Evangelio de Lucas, quisiera recordaros que el Señor ha hecho con nosotros un pacto perpetuo, una alianza eterna: *somos sacerdotes del Señor, somos ministros de nuestro Dios*. Lo que somos es puro don y, a medida que pasa el tiempo, más conscientes somos de ese regalo inmerecido: *sacerdos in aeternum!* ¡Sacerdotes para siempre!

En este día, casi al inicio del Triduo Pascual, a todos os doy gracias de corazón por vuestra presencia. En cada uno de vosotros quisiera contemplar el rostro de todos y cada uno de los miembros del Presbiterio Diocesano, sanos y enfermos, jóvenes y ancianos, también a aquellos que por cualquier motivo se sienten heridos y no participan ni en estos ni otros actos diocesanos ¡también por ellos pedimos al Señor! ¡Qué Dios os lo pague por vuestra presencia! Ésta es tanto más meritoria, cuanto que las circunstancias por las que estamos pasando no son del todo buenas para este tipo de encuentros.

Esta celebración de la Misa Crismal quiere ser una fiesta eclesial porque en ella queremos revivir nuestro sacerdocio y, además, renovar las promesas de nuestro compromiso de amor con el Señor en la Iglesia. Estamos llamados a ser como ese óleo, símbolo del Espíritu Santo, expresión del amor de Dios, que quiere derramarse, a través de nuestra vida entregada, sobre la existencia de los hermanos y

hermanas que viven en esta Iglesia. Es ella quien, a través del Obispo, nos los ha encomendado. Mis queridos hermanos, como miembros del Presbiterio, es decir, como hermanos en la comunión de la Iglesia, llevamos los Óleos y el Santo Crisma que son fuente de vida y los ponemos al servicio de la unidad fraterna de esta Iglesia local, que se funda en su Cabeza y vive de la fuerza que de ella procede, es decir de Nuestro Señor Jesucristo, el Resucitado.

En este día, os invito a que contempléis a Jesús, el Señor, que en su camino hacia la Pascua se va despojando de todo lo que tiene: su madre, sus amigos más cercanos, su propia casa; no se reserva nada, vive en sí mismo, y voluntariamente, un expolio radical, de tal modo que así quiere enseñarnos el camino auténtico de la vida sacerdotal. Él, que siendo Dios, se abajó a sí mismo, haciéndose pobre para enriquecernos con su pobreza (cfr. 2 Cor 8,9). Éste es el estilo de vida que nos pide la Iglesia y que esperan de nosotros nuestros hermanos, por eso, en esta tarde, el Obispo nos preguntará, de nuevo, si *queremos unirnos a Cristo y configurararnos con él, renunciando a nosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación para el servicio de la Iglesia*. Parece algo antitético, para ser ministros, es decir, servidores, tenemos que luchar hasta la muerte por vivir dentro de la dinámica de la pobreza evangélica, del desprendimiento de nuestro propio yo, para que la vida de Cristo se haga más eficaz en nuestra existencia y, como consecuencia de ello, la *caridad pastoral* brote en nuestros corazones pobres y frágiles, y nos haga fecundos, apostólicamente.

¡Que solo el amor de Cristo nos gane el corazón y toda nuestra existencia y, por Cristo, ese amor y fidelidad la vivamos para con esta Iglesia! Esta Iglesia concreta, con su noble y multiseccular historia, con sus luces y sombras, con la santidad de vida de muchos pastores que nos han precedido en el ministerio, con los miembros de la vida consagrada y laicos; sin duda, una santidad más fuerte y poderosa que los signos de muerte causados por nuestros pecados y miserias personales e institucionales. Por eso, contemplando al Señor que se despoja de todo y se entrega sin reservarse nada, es necesario que cuidemos nuestra austeridad de vida, y así poder vivir auténticamente *libres para la misión que se nos ha confiado*.

Si siempre es necesario vivir esta radicalidad existencial, de manera especial mucho más en estos momentos en los que, a causa de la pandemia, se está generando una dramática crisis personal, social, laboral y económica. Los que, por don del Espíritu, somos esos *Cristos* en medio de nuestro pueblo estamos llamados a vivir de manera más coherente nuestro ministerio. En estas circunstancias, a la vez dramáticas, pero también esperanzadoras, estamos llamados a ser *hermanos y padres* de nuestras comunidades; *hermanos y padres* que, a través de nuestra generosidad y entrega, tenemos que ser el sostén y la esperanza de tantos hermanos y hermanas que forman parte de nuestras comunidades. Ellos buscan

en nosotros una ayuda, quizás una palabra de aliento, un momento de escucha. Quieren encontrar en el sacerdote el rostro de un hermano y de un padre que siente una profunda empatía en medio de estas situaciones adversas y, tantas veces, sin posibilidad de solución. Tantos hombres y mujeres, todavía muy jóvenes, se están quedando sin trabajo o tienen unas ocupaciones precarias e inestables. ¡Cuántos carecen de lo necesario para vivir o para hacer frente a los pagos de los alquileres de sus pisos, o al sostenimiento habitual de sus hogares...! ¡Cuántos vuelven sus miradas, expectantes hacia nosotros! No los defraudemos.

¡Hermanos míos! Convenzámonos de que, precisamente por ser sacerdotes, somos el verdadero rostro de una Iglesia samaritana. No buscamos el aplauso, ni propicios resultados estadísticos, tampoco réditos políticos y mucho menos económicos. Sabemos que cuanto más nos entregamos más ricos somos, porque el Señor no se deja ganar en generosidad. En el auténtico servicio de solidaridad, acogida, escucha y hospitalidad estamos haciendo que la Iglesia se convierta en una de las instituciones más creíbles en medio de esta sociedad, a pesar de los esfuerzos que algunos hacen por desacreditar a los que ejercemos el ministerio sacerdotal a causa de la situación particular de ciertos miembros del clero. Que no nos desanimen ciertas noticias acerca de la existencia de abusos o de signos de corrupción o falta de transparencia. Todo lo contrario. En unión con toda la Iglesia, junto con el papa Francisco, decimos, una y mil veces “*tolerancia cero*” en todo aquello que se refiere a abusos de personas menores o vulnerables; decimos no a la opacidad administrativa de nuestras gestiones. Seamos propositivos y apostemos por hacer transparente todas las actividades que realizamos en el ejercicio de nuestro ministerio y en nuestra vida personal, incluso privada, porque así se hace transparente nuestra Iglesia, como si fuese de cristal, porque no tenemos nada que esconder. ¡Es verdad, somos frágiles, pobres, pecadores, pero no somos unos corruptos! Nuestros hermanos y hermanas lo saben mejor que nosotros, porque a través de nuestro ministerio han percibido la autenticidad de nuestra vida y de nuestra entrega. Queremos esforzarnos por ser esos otros “*cristos*” que bendicen, consagran, absuelven, escuchan, ayudan, en definitiva, se entregan.

Pero, no nos olvidemos que esta labor de exquisita caridad no la podemos llevar a cabo nosotros solos, no somos como un *superman* de la actividad pastoral de la Iglesia que lo hace todo: todo lo dirige y todo lo gobierna. No es ese el camino que quiere el Señor para nosotros. Con este estilo de vida sacerdotal se justifica el desencanto, se entienden las dudas sobre el sentido de nuestro ministerio, las crisis en una existencia sacerdotal solitaria y aislada. ¡Unidos somos más fuertes! ¡Ay del solo, dice la Escritura, si cae no tiene quien le levante! (cfr. Ecl 4,10). ¡Qué dolor sentimos cuando un sacerdote no puede o no quiere trabajar con su compañero! No podemos olvidar que la Palabra de Dios nos avisa diciendo que el hermano que es ayudado por su hermano es como una fortaleza, realidad que

viene expresada de una manera muy hermosa en el Salmo 31. Bien es cierto que hay hermanos que, a causa de heridas acaecidas en el tiempo, no se dejan ayudar. Os ruego, os suplico que no cejemos en nuestro intento de acercarnos a ellos.

En este sentido, siendo éste un día tan significativo para nuestro Presbiterio Diocesano, es bueno recordar la importancia que tiene la fraternidad sacerdotal. No es una tarea fácil. No es una asignatura que se aprende en el Seminario y de la que nos autoevaluamos en las Completas de cada jornada. La fraternidad brota del Sacramento recibido y se despliega a lo largo de toda la vida, siempre y cuando luchemos por adquirir una mirada positiva sobre todo y sobre todos, tanto de la institución que encarnamos y a la que pertenecemos, como hacia los compañeros. El papa Benedicto decía que cuando un sacerdote no lucha por vivir bien esta realidad sacramental -que es la realidad de la comunión-, corre el peligro de convertirse en una persona mordaz, hiriente por sus comentarios y críticas, llegando a enemistarse con todos y con todo, incluso consigo mismo y con Dios, llegando, paulatinamente a perder la alegría, que es un signo de que hemos truncado el dinamismo de la gracia de Dios en nosotros. Esforcémonos todos para que eso no acontezca en nuestro Presbiterio.

Quien quiere hacer uso del “yo” de Jesucristo: “esto es mi cuerpo” “yo te absuelvo”, tiene que creer en lo que hace. Y quien cree, reza. Y quien reza, confiesa. Y quien confiesa su fe, vive también de acuerdo con ello. Por eso, el papa Francisco nos invita siempre a ser *pastores y no jornaleros*. Ser sacerdotes no es algo que tengamos que realizar al margen de nuestra vida como si fuese una simple ocupación profesional ocasional, sino que es nuestra vida misma. Toda nuestra existencia es y debe ser una existencia sacerdotal vivida plenamente. De ahí la conveniencia de prestar atención a todos aquellos medios que nos ofrece la Madre Iglesia: retiros, ejercicios, encuentros de formación. Todo ello tiene un objetivo: ayudarnos a realizar ese proyecto que ya arranca de nuestro Bautismo y adquiere una especial exigencia desde el día de nuestra Ordenación; ese proyecto tiene un nombre que nunca pasa de moda: *santidad personal*.

Tenemos que dar gracias al Señor por vivir nuestra vocación en esta Iglesia que se encuentra viviendo un proceso sinodal. Sé que en ocasiones esto puede percibirse como una cantinela o un sonido hueco, una especie de mantra que adquiere una especial resonancia en las palabras del Papa y de algún Obispo; pero sabéis muy bien que no es así. La sinodalidad en la Iglesia es una dinámica muy importante y debe convertirse en un estilo de vida eclesial que empape todas las actividades de la Iglesia. Es cierto que se han dado situaciones, en alguna iglesia local, en la que algunos clérigos llegaron a hurtar la realidad sinodal a los propios fieles. Damos gracias a Dios de que en nuestra Iglesia esto no ha sucedido. Hermanos míos: No caigamos en la tentación del desánimo, ni en el derrotismo, algunos de los que estáis hoy aquí habéis podido comprobar cómo nuestros laicos han

acogido esta invitación que el Obispo nos ha hecho a todos para caminar juntos, caminar unidos. Son ellos, los laicos, a los que tantas veces nos referimos y que, en ocasiones, no sabemos cómo acogerlos, tratarlos e invitarlos a que se sientan y descubran que también ellos son el rostro de la Iglesia. ¡El rostro más numeroso de la Iglesia! Ellos nos han ayudado a descubrir este don del Espíritu a esta Iglesia que ha sido el Sínodo Diocesano. Abramos las puertas de nuestro corazón a la esperanza en medio de esta pandemia y, a pesar de estar condicionados por todas las normas sanitarias, aprendamos, en este Año Jubilar dedicado a San José, a emprender una “valentía creativa”. Sí, necesitamos esa *valentía creativa* que nos ayude a ponernos de nuevo en camino sinodal y que, a pesar de los condicionamientos a causa de la pandemia, podamos seguir con nuestra reflexión sobre los temas propuestos en el itinerario sinodal, de tal modo que podamos concluir esta etapa e iniciar, con la ayuda de Dios, de Santa María Madre y de nuestros santos protectores, la siguiente etapa de puesta en marcha del Sínodo en nuestra Iglesia en Ourense.

Que la Santísima Trinidad, Santa María y el Señor San Martín nos ayuden en este propósito.

Jueves Santo

Catedral de San Martín de Ourense, 1 de abril de 2021

¿Quién nos iba a decir que, otro año más, íbamos a celebrar las fiestas de la Pascua con ese sabor agrídulce que nos presenta el covid-19 y la problemática en torno a las vacunas? Y, a pesar de los pesares, en este Jueves Santo, en muchos de nuestros templos -iglesias de puertas abiertas- vamos a celebrar, una vez más, la memoria de la Cena del Señor.

En este día, entrañablemente unido a las tradiciones y costumbres de nuestro pueblo, los fieles, a pesar de las modas laicistas excluyentes, siguen manifestando ese sentimiento profundo de unión a la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo que celebramos durante el llamado Triduo Pascual. Éste es, sin ninguna duda, el eje central en las celebraciones de la liturgia cristiana.

Nuestros templos, que hasta hace dos años se llenaban en la tarde del Jueves Santo, ahora, en virtud de los protocolos sanitarios, ya no podrán hacerlo. Tan solo una pequeña representación del Pueblo santo de Dios tendrá cabida en esos espacios religiosos destinados al culto divino. Sin embargo, en el mundo cristiano, incluso en el no practicante, recordamos que en esta tarde se conmemora la Última Cena de Jesús con sus discípulos. En esta memorable celebración se instituye el sacramento de la Eucaristía. A fin de que este acontecimiento de vital importancia para los creyentes en el Resucitado llegase a lo largo del tiempo a todos los hombres y mujeres que creen en Cristo resucitado, el mismo Jesús dio el poder a “los Doce”, es decir, a los Apóstoles y a sus sucesores -los obispos- y a sus colaboradores, los sacerdotes, para que “lo hiciesen en su memoria”. Por ello, en esa misma celebración, se hace memoria de la institución del sacramento del Orden Sacerdotal.

Desde esta perspectiva tiene sentido afirmar que es la Iglesia la que hace la Eucaristía, pero es también la Eucaristía la que hace la Iglesia. Es la ésta la que, a través del ministerio de algunos de sus hijos, por ella elegidos, los sacerdotes, realiza este prodigio de amor gracias a la fuerza y el dinamismo que le da la asistencia del Espíritu Santo a sus palabras y hechos. Por eso, en este día santo, el pueblo de Dios ora por la santidad de sus sacerdotes, suplica al cielo que le conceda “buenos y santos ministros del altar”.

Siempre que celebramos y vivimos la Eucaristía, tal como lo pide la Iglesia, Jesucristo mismo se nos transfigura, también, en los hermanos, de manera especial en los más necesitados, de ahí que en el Jueves Santo celebramos el “Día del Amor fraterno” en el que se nos recuerda el “mandamiento del Señor sobre la caridad”. No hay Eucaristía sin Iglesia. Ésta es consciente, ya desde sus orígenes, de que el ejercicio de la caridad es de una importancia suma y pertenece a la

esencia de su propio ser. Si no hay Eucaristía sin Iglesia, también es cierto que no hay Iglesia que no se abra al ejercicio de la caridad. Por eso es necesario repetir muchas veces que la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra de Dios. Si la Iglesia nunca se puede sentir dispensada del ejercicio de la caridad, tampoco los que quieren vivir bien su cristianismo se pueden olvidar de que, a la esencia de su vocación cristiana pertenece el ejercicio de la Cáritas.

Este sería un buen propósito para este día de Jueves Santo: sentir la Cáritas, parroquial o diocesana, como cosa nuestra y así estaremos viviendo en coherencia aquello que nos mandó Jesús durante la Última Cena: “Haced esto en memoria mía”. Y este sentimiento es tanto más apremiante cuantas más son las necesidades con las que nos estamos encontrando a consecuencia de la pandemia que nos afecta.

Feliz Pascua a todos.

ESCRITOS

El rostro de la piedra

La Catedral de Santiago de Compostela siempre ha sido, desde su etapa fundacional, una estructura viva, la cual tanto los Arzobispos como el Cabildo se han preocupado de ir adaptándola a los tiempos; eso explica la diversidad de estilos artísticos que en ella se encuentran. A lo largo de los últimos años, hemos podido contemplar cómo la fábrica de la “Casa del Señor Santiago” se recortaba en el horizonte recubierta de andamios y rodeada por grúas. Esa estructura afeaba la hermosa silueta granítica de las torres del Obradoiro y de su entorno. El peregrino y el visitante que contemplaban esa realidad, velada por las redes protectoras, cabrestantes y otros aparejos metálicos percibían un cierto desencanto, y no sólo eso, sino que cuando entraban en la Catedral quedaban sorprendidos al comprobar cómo esas mismas estructuras cubrían, totalmente, el Pórtico de la Gloria. Los compostelanos casi se habían acostumbrado a esa realidad y aguardaban en el horizonte, con esperanza, la apertura de un nuevo Año Santo Compostelano, para poder contemplarla sin esos obstáculos que la afeaban y poder disfrutar de una vez de la belleza que han heredado de los antepasados.

Poco a poco la piedra fue ofreciéndonos otro rostro, casi pudiéramos decir que parecía, a veces, que nos habían hurtado la Catedral y, en su lugar, nuestros sentidos nos ofrecían otra distinta. En este sentido, vino a mi recuerdo aquella exposición tan singular que pude visitar durante mis años de estudiante en Roma - todavía guardo el catálogo de la misma -; la artista se llamaba Gabriella Pompei. No sé lo que habrá sido de ella. Lo cierto es que aquella mujer, después de haber escogido piedras de forma redonda en las orillas del mar, algunas del tamaño de una cabeza humana, las llevaba a su estudio y allí, con la paciencia típica de los artistas, procedía a manipularlas y pulirlas haciendo que brotasen de su interior, como consecuencia del caprichoso veteado de las mismas piedras, los que ella llamaba auténticos rostros de las piedras. Lo mismo me pasa con las renovadas piedras del Obradoiro. Sus formas primigenias, oscurecidas antes por las inclemencias del tiempo, a las que sus líquenes y otras adherencias conferían una pátina dorada por el tramonto y que nos anunciaban la belleza de la policromía que escondían bajo aquella estructura dieciochesca, ahora se me mostraban renovadas y relucientes. Era como si se estrenase la fábrica del templo jacobeo. La luminosidad de aquella fachada parecía indicarnos que tras ella se escondía algo mucho más hermoso: el Pórtico de la Gloria.

Todavía no he podido contemplar el Pórtico de la Gloria tal como quedó después de la seria intervención que se llevó a cabo. Sí he tenido la suerte, hace ya algunos años, de poder visitarlo cuando se estaba en pleno proceso de restauración.

Era un placer observar las manos diestras de aquella especialista italiana que, con la suavidad de su trato, se acercaba a cada uno de los detalles de las figuras, con la delicadeza de su maestría, para ir extrayendo las milimétricas capas que el tiempo había depositado en las esculturas románicas. Al contemplar aquella escena tan de cerca, se hicieron vivos en mí aquellos versos de Rosalía: *¿Estarán vivos? ¿Serán de pedral/aqués sembrantes tan verdadeiros,/aquelas tunicas maravillosas,/aqueles ollos de vida cheos?/Vos que os fixeches de Dios ca axuda,/de inmortal nome Mestre Mateo,/xa que aí quedaches homildementel/arrodiñado, falai me desol (...)/Aquí está a Gloria.../*

Estoy por asegurar que cuando el peregrino, al igual que lo han hecho otros muchos a lo largo de los siglos, entre en la catedral compostelana, traspasando el dintel de la puerta, después de subir la solemne escalinata del Obradoiro, se sentirá trasfigurado por la belleza anticipada de la “gloria”. Esa catequesis en piedra quiere servir al hombre y a la mujer de nuestro tiempo que, a pesar del secularismo y del laicismo de moda, ahí se encuentran con que “esa es la Casa de Dios y la puerta del cielo”.

Compostela es una ciudad en donde la piedra se ha convertido en arte. Sus *rúas*, sus monasterios, las fachadas de sus casas solariegas, sus plazas y, sobre todo, la catedral y su entorno, recientemente renovado, es ahora como un hermoso estuche de piedra multisecular que guarda en sus entrañas una de las piezas más significativas que reclaman al devoto visitante un instante de quietud y silencio en su deambulatorio por las naves del templo: la cripta del Apóstol. El Amigo del Señor, a través de las piedras que constituyen la fábrica de su Casa, quiere ofrecerles a los que en ella entran, un anticipo de esos *cielos nuevos y de esa tierra nueva* en donde la Gloria de Dios se hace presente para el bien material y espiritual del ser humanos que es capaz de abrirse al Absoluto.

Este año, a causa de la pandemia, imagino que será factible entrar y gozar de la catedral, sin las masificaciones de los años normales. Gozar de la belleza de este templo y poder contemplar la gloria de Dios a través de los rostros de la piedra, es algo que anhelo realizar de nuevo, como lo hacía cuando era estudiante, a primera hora de la mañana, cuando apenas abierta la Catedral a los fieles se podía gozar de su paz, de su secular silencio y de la “soledad sonora” del ambiente en el que todavía se podía percibir el aroma del incienso que penetraba en el espíritu y lo abría hacia la contemplación de la Gloria.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

La celebración de las exequias a la luz del Resucitado

Introducción

El pasado día 22 de diciembre se ha presentado en la sede de la Conferencia Episcopal el documento *Un Dios de vivos*¹. La Asamblea Plenaria de los Obispos, celebrada en noviembre de 2019, le había encomendado a las Comisiones Episcopales para la Doctrina de la Fe y de Liturgia una reflexión sobre la vivencia cristiana de la muerte en el contexto actual de secularización y de pluralismo religioso y su repercusión en la fe acerca de la resurrección de la carne, la vida eterna y la celebración de los ritos exequiales. La preocupación por parte de los pastores estaba justificada por la aparición de elementos ajenos a la genuina y auténtica fe de la Iglesia en las celebraciones exequiales y en las oraciones por los difuntos. Incluso se observa que los mismos pastores y otros agentes de pastoral, envueltos en este horizonte socio-cultural acogen sin dificultad algunas costumbres o formas de actuar propias de las modas sociales del momento y, al incorporarlas a la celebración de los ritos exequiales se olvidan de que a ellos, como servidores de la fe de la Iglesia, no sólo se les pide celebrar correctamente, sino que también sean transmisores de la fe de la Iglesia en la *resurrección de la carne*². A esto conviene añadir, de manera general, que notamos una insuficiente formación litúrgico-pastoral en nuestro pueblo que, a la hora de llevar a cabo una liturgia exequial más adecuada, dificulta la corrección de ciertas corruptelas hechas costumbre, así como modas de actuación que se han incorporado, indebidamente, al ritual litúrgico.

Los que presiden los ritos exequiales, al no discernir sobre la conveniencia de ciertas modas o costumbres que proponen algunos fieles, alegando que las delicadas circunstancias que supone la pérdida de un ser querido no son el momento propicio para corregir ciertas incorrecciones, claudican a la hora de proponer la belleza salvadora de la fe en el Dios vivo que es fuente de esperanza. Sometidos a la opinión pública y al engaño de las adulaciones, se van adaptando a las modas y a las opiniones perdiendo aquello que hace valioso y verdadero el ejercicio del ministerio de la salvación al que deben servir.

1.- “Un Dios de vivos”

La fuerza de la Palabra de Dios nos invita a situar el problema de las exequias

1 *Un Dios de vivos. Instrucción sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias* (Documentos CEE, 77), EDICE, Madrid 2020. El documento y el video de la presentación se puede descargar en <https://conferenciaepiscopopresentacion-de-la-instruccion-pastoral-un-dios-de-vivos/>.

2 *Símbolo de los Apóstoles*. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 988-1019.

en su adecuada perspectiva; *no es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos* (Lc 20,27-38). En la liturgia de las exequias cristianas, la Iglesia celebra el misterio pascual de Cristo y ora por el difunto para que, asociado a su victoria sobre la muerte, Dios perdone sus pecados, lo purifique, lo haga participar de la eterna felicidad y *llegue al día sin ocaso, que es el mismo Cristo, nuestro Señor*³. Esa profunda y hermosa realidad pascual estuvo oscurecida durante mucho tiempo y se insistió, sobre todo, en el sentido del temor ante el juicio de Dios, incluso con elementos que poco tenían que ver con la visión cristiana del final terreno del hombre. Al contrario, se subrayaron los aspectos desgarradores del morir humano que llegaron a fascinar el talento de poetas y músicos, tal como ha quedado reflejado en el famoso himno del *Dies irae* que recoge el sentido dramático de la muerte y del juicio. Este antiguo texto cuyos orígenes parece que se remontan al siglo XIII, fue suprimido en la liturgia exequial y ya no aparece en el Misal Romano promulgado en 1970 por san Pablo VI.

El Concilio Vaticano II quiso recuperar en la celebración de las exequias una expresión más clara del sentido pascual de la muerte cristiana⁴, que se corre el riesgo de olvidar, debido a un exceso de subjetivismo y a la simulada ignorancia acerca de la fe de la Iglesia sobre el morir y la resurrección, que existe en la actualidad.

Frente a esta situación, las exequias y la oración por los difuntos se han de vivir en el marco de la esperanza cristiana y de la fe en la Resurrección de Jesucristo, tal como viene expresada por las oraciones, lecturas, salmos, gestos y símbolos de la liturgia exequial, contenidos en el *Ritual de exequias*, en el *Leccionario* y en el *Misal Romano*. Estos textos nos ayudan a entender esta celebración desde la perspectiva de la incorporación del fiel cristiano al misterio pascual de Cristo por el Bautismo (cfr. Rom 6,3-5). Es necesario poner de relieve que una correcta celebración de las exequias debe posibilitar la apertura del corazón de los fieles a un encuentro con el Señor resucitado, porque en realidad, para la fe de la Iglesia, la muerte de una persona no significa que Dios haya dejado de amarla, sino todo lo contrario, recordando aquello que nos dice Pablo: *Estoy convencido de que ni muerte, ni vida (...) ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor* (Rom 8, 38-39). Por ello, en medio del dolor, los creyentes sabemos que *todo lo que pidamos a Dios, Él nos lo concederá* (Jn 11, 22). Esta certeza hace que brote una súplica confiada por la salvación de los difuntos para que la misericordia de Dios les perdone sus pecados, los libere de la condenación eterna, los haga partícipes de la felicidad que no tiene fin y los resucite gloriosamente al final de los tiempos. No tendría sentido esta oración sin la fe que hace nacer en nosotros la esperanza de que nuestros hermanos *resuci-*

3 FRANCISCO, Carta encíclica *Lumen fidei*, n° 60.

4 Cfr. VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia "*Sacrosanctum Concilium*", 81.

tarán para la resurrección del último día (Jn 11, 24). Esta seguridad nace de la fe en Jesucristo, *el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo* (Jn 11, 27), y que él mismo es en persona *la resurrección y la vida* (Jn 11, 25). Él es el Señor de la vida y vino para resucitar en el último día todo lo que el Padre le había confiado (cfr. Jn 6,39).

2.- El sentido mistagógico de la liturgia exequial

Es un hecho que la muerte y el dolor ante el tránsito a la eternidad de un ser querido están presentes en la vida de todo ser humano. Esta realidad se constata en los análisis realizados por la fenomenología y la historia de las diferentes manifestaciones religiosas. Incluso podemos afirmar que *no existen sociedades privadas por completo del culto a los muertos. Pues también los sistemas más decididamente ateos y materialistas han creado nuevas formas de culto, que, a fin de cuentas, sólo pueden ser un artificio y que intentan en vano ocultar, con sus rimbombantes demostraciones de superioridad, su propia insignificancia*⁵. Para los cristianos la fe en Cristo resucitado ilumina la realidad de la muerte y el dolor que la acompaña, situando su sentido último en la perspectiva de la salvación eterna. Por eso, desde este horizonte de fe, la celebración cristiana de las exequias no tiene su centro en el difunto, ni tampoco en el dolor de los familiares - realidades que por supuesto no deben ser ignoradas ni despreciadas -, sino que el centro de referencia es Jesucristo muerto y resucitado. Precisamente, desde esta certeza de fe, el dolor ante la pérdida de un ser querido es acogido con calor humano y con ternura evangélica porque sólo desde ese horizonte se hace posible vivir la muerte del cristiano con la esperanza de la resurrección⁶.

Las delicadas y dramáticas circunstancias que acompañan a los ritos exequiales, en muchas ocasiones, debido a situaciones límite provocadas por el dolor y el sufrimiento que tanto los familiares como los amigos sienten ante la “pérdida” de la persona amada, son una ocasión para que se ponga especial cuidado en su realización. No se trata de buscar una escenografía efectista acompañada de una música despersonalizada que convierta el rito en un simple acto social, sin más. El *Ritual de exequias* no es un protocolo con un conjunto de formas de cortesía para manifestar el consuelo y la condolencia, que tienen su momento propio durante las horas previas en los tanatorios o en otros lugares en donde, según la costumbre del lugar, son velados los restos mortales de un difunto.

Si Cristo Resucitado es el centro de toda celebración, necesariamente también lo será de la liturgia exequial. Este acontecimiento de salvación exige que los ritos que propone la Iglesia sean celebrados con la dignidad y seriedad que exige

5 RATZINGER, J., “*El espíritu de la liturgia*” en *Obras Completas*, XI, p. 12.

6 Cfr. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Salvifici doloris*, n. 15; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1006-1009.

el doloroso acontecimiento que se está viviendo. Esto implica que el ministro ordenado debe procurar que *la predicación de la fe y la exhortación a la esperanza* hagan presente la cercanía y el amor maternal de la Iglesia para que el consuelo de la fe cristiana alivie a los presentes, los llene de esperanza y no se sientan heridos en su justo dolor⁷. La Iglesia que, como Madre ha llevado sacramentalmente en su seno al cristiano durante su peregrinación terrena, lo acompaña al término de su caminar para entregarlo en las manos del Padre. En ocasiones, debido a descuidos o a las prisas, la labor pastoral de algún sacerdote ha quedado truncada para siempre a causa de una inadecuada actuación en el marco de una celebración por un difunto.

La Iglesia celebra las exequias para que, quienes por el Bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, pasen también con Él a la vida eterna. Este acontecimiento de salvación es tan importante que se recomienda que su celebración se realice en la parroquia donde uno ha sido bautizado, o en donde vive habitualmente su fe. Este es el marco eclesial adecuado para la participación en el sacrificio eucarístico de la pascua de Cristo, y también para rezar y celebrar los otros sufragios establecidos por la Iglesia, de modo que, comunicándose entre sí todos los miembros de Cristo, estos impetran para los difuntos el auxilio espiritual y, al mismo tiempo, los que participan obtienen el consuelo de la esperanza⁸.

La celebración exequial, especialmente cuando tiene por centro la Eucaristía, hace patente que *nos acompañará la gracia, misericordia y paz de Dios Padre y de Jesucristo* (2 Jn 3; cfr. Sal 23, 6) ante el dolor de la muerte, que ha sido vencida por el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, realmente presente en la celebración eucarística: *los muertos en Cristo resucitarán* (Jn 11, 25; 14, 2-3; 1 Tes 4, 16). He ahí el horizonte de esperanza que las exequias abren cuando se pide al Señor que *escuche nuestras súplicas y plegarias* (Jer 2, 14).

3.- La belleza de la liturgia exequial

La certeza de la muerte es una situación límite que se presenta a todo ser humano, bien como un signo de finitud, y por tanto de camino hacia la nada, o como una puerta que se abre a la vida eterna, que es lo que enseña la fe cristiana. La muerte no es el final del camino, sino un momento, especialmente desgarrador, en el que la existencia humana experimenta la más radical de sus transformaciones. Ante el hecho de la muerte, la liturgia de la Iglesia nos ofrece una vía singular a través de la cual los familiares, vecinos y amigos de la persona difunta se pueden sentir encaminados hacia una postura seria y fundada ante el que sigue siendo, a pesar de los logros y avances de la medicina y de la técnica, *el máximo*

7 Cfr. Ritual de exequias, *Orientaciones doctrinales y pastorales del episcopado español*, n. 65.

8 Cfr. *Ibid. Praenotada*, n. 1.

*enigma de la vida humana*⁹. La fe de la Iglesia, al anunciar a Cristo resucitado, proclama una verdad ante cuya realidad el ser humano es liberado de la muerte a través de la propia muerte y resurrección de Cristo. Al mismo tiempo, brinda la posibilidad a los que todavía peregrinamos por este escenario de la historia humana, de mantener viva nuestra comunión con los difuntos, al darnos la esperanza de que ellos poseen una vida verdadera, garantizada por el don de *un Dios de vivos* (cfr. Lc 20, 38; Mt 22,32; Mc 12, 27).

El *Ritual de exequias* ofrece a través de las oraciones recogidas de la tradición eclesial, así como de gestos y símbolos, todo un conjunto de acciones que, perfectamente ordenadas, después de la suficiente profundización y estudio por parte del ministro celebrante, así como de una catequesis adecuada al pueblo de Dios para incentivar su participación activa y consciente, se convierten en un camino de luz en medio de una situación de oscuridad y de muerte. En definitiva, se convierte en una cierta *via pulchritudinis*, que abre perspectivas de eternidad ante aquellos que vivimos inmersos en el tiempo. Los agentes de pastoral debemos ser conscientes de que existe una mutua implicación entre la acción cultural de la Iglesia y la actividad estética que envuelve nuestras acciones litúrgicas y de piedad. En una sociedad como la nuestra tan materializada y adormecida por el hedonismo en la que prima lo inmediato y existe una fuerte preocupación por lo crematístico, la Iglesia nos ayuda a descubrir que el camino de la belleza no es sólo importante para la reflexión teológica, sino que es uno de los caminos de la nueva tarea evangelizadora para los ciudadanos que se encuentran inmersos en este mundo secularizado¹⁰.

En este sentido, es bueno recordar una vez más cómo la liturgia fúnebre de la Iglesia Católica ha inspirado a los grandes maestros de todos los tiempos, tanto de la música como del arte suntuario, quienes crearon hermosas composiciones musicales que todavía hoy cautivan la mente, el corazón y la sensibilidad estética de nuestros conciudadanos. No nos olvidemos, tampoco, de que en nuestros museos de arte sacro se conservan magníficos ternos de la liturgia exequial y exvotos donados como sufragio por los difuntos. Son testigos, no exentos de una cierta belleza, a veces silentes, de la historia de la piedad de nuestras gentes y de las acciones litúrgicas relacionadas con el morir humano.

Sería bueno que, a la luz de la Instrucción *Un Dios de vivos*, nos plateásemos una revitalización de la liturgia exequial que celebramos en la Iglesia y que a través de la “catequesis silenciosa” de los signos y símbolos que aparecen recogidos en el *Ritual* y en el *Misal*, realizados con la maestría de la piedad y acompañados por la ternura de la fe, sin ruido de palabras huecas o vanas, pudiéramos descu-

9 Cfr. VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n° 18.

10 Cfr. BLANCO SARTO, P., *Josehp Ratzinger-Benedicto XVI. Un mapa de sus ideas*, Madrid 2012, p. 63.

brir cómo *la belleza hiere, pero precisamente por eso la belleza llama al hombre a su destino final (...)* El verdadero conocimiento es haber sido alcanzados por el dardo de la belleza que hiere al hombre, ser tocados por la realidad, “por la personal presencia de Cristo mismo”. Ser afectados y conquistados a través de la belleza de Cristo produce un conocimiento más real y más profundo que la mera deducción racional¹¹.

Seamos conscientes de que el culto de la Iglesia es liturgia de la Palabra encarnada, encarnada para la resurrección. Cada vez que nos reunimos para celebrar la Eucaristía, después de la consagración, respondemos con fuerza: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!* La Misa exequial es celebración del sacrificio de Cristo que se actualiza, como sufragio, por los difuntos. Independientemente de las moniciones, de los cantos y de la homilía, que siempre debemos cuidar, es necesario descubrir que Dios quiere “tocar” el corazón y la mente de los fieles por medio de la realidad material, es decir, a través de realidades creadas: el agua, el incienso, el cirio pascual, la casulla extendida sobre el féretro del sacerdote, el Evangelionario - que si se coloca abierto parece que adquiere un mayor significado -; las mismas flores, que usadas con discreción siempre son una “sonrisa de Dios” y un hermoso homenaje a la persona del difunto, etc. Algunos de estos signos vienen acompañados por una oración específica a la que, mientras se realiza el gesto que los visibiliza, se puede unir la interpretación de un canto apropiado. Todos estos símbolos y acciones bien realizados, con seriedad y elegancia, sin prisas, se convierten en la mejor de las catequesis y, en ocasiones, son la más elocuente homilía.

El Espíritu asume realidades creadas, convirtiéndolas en instrumentos del encuentro del Resucitado con cada uno de los fieles, suscitando en cada uno de ellos diferentes ecos y sentimientos. Conviene precisar que los gestos deben ser adecuados y dignamente realizados para que sean signos de la ternura de Dios y de su mensaje de salvación para con nosotros y para con nuestros difuntos. En realidad, los agentes de pastoral debemos ayudar a que los asistentes a la celebración puedan pasar de los signos al poder significativo de los mismos. Esto sólo se puede lograr con una celebración digna, bien preparada y sin que los fieles perciban la sensación de prisas y desganas por parte de los ministros.

El ministro que preside los ritos exequiales es un servidor del mensaje de vida eterna y de la acción salvadora de la oración de la comunidad, de los sacramentos y sacramentales de la Iglesia. Si es consciente de ello, los que participan en la acción ritual, al verlo y escucharlo podrán percibir la verdad que se esconde tras esas acciones que tienen un sentido salvífico, y así serán un eco de aquello que rezamos en el Salmo 27: *Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo.* Si hacemos lo que la Iglesia nos pide, y lo hacemos bien, sin reducirnos al

11 RATZINGER, J., *La belleza. La Iglesia*, Madrid 2005, pp. 16-17.

mero cumplimiento, como si fuéramos unos funcionarios de lo sacro, entonces la gracia del Espíritu nos ayudará tanto a nosotros como a los que participan en las exequias a contemplar que, tras la sobria belleza de los ritos, encontramos un reclamo de eternidad y podemos gozar de la dulzura del Señor. Y así, tocados por la luz de la verdad, podremos contemplar el rostro del Resucitado que nos quiere convertir en luz para los demás.

Conclusión

La celebración exequial puede y debe ser una oportunidad evangelizadora. Muchos de los que participan en ella pueden ser bautizados que han abandonado durante cierto tiempo la vivencia de su fe, o incluso no creyentes. El dolor por la muerte del ser querido muchas veces oscurecerá la fe de los mismos familiares más cercanos. Teniendo en cuenta la variedad de sensibilidades entre los asistentes a las exequias, la celebración es ocasión, siempre sin instrumentalizarla ni desnaturalizarla, para un primer anuncio, un *kerygma* de esperanza, que los pueda ayudar a un despertar espiritual. La elección de las oraciones, de las lecturas, así como de las moniciones o de las oraciones de los fieles, sin descuidar la preparación adecuada de la homilía son elementos importantes para ello. Preparar bien la celebración, teniendo en cuenta las circunstancias de la familia y del resto de la asamblea, se convierte en estos casos en algo absolutamente imprescindible y en una auténtica tarea evangelizadora.

La celebración de las exequias cristianas pone en relación nuestra vida en este mundo con la vida eterna en la que creemos y esperamos. Será la inagotable fuerza de Dios la que resucite al hombre dotándolo de una dimensión corporal transfigurada. Por tanto, no se trata de la misma materia de la que se separó tras la muerte. Entre la existencia resucitada y la terrena no hay parangón. Será un cuerpo glorioso, transformado, que no se verá condicionado por el espacio y el tiempo, al que por lo tanto no le afectará ni la muerte, ni ninguna de las limitaciones propias de la condición material de la existencia histórica, *serán como ángeles del cielo* (Mc 12,19), dice la Escritura. Hay una continuidad en nuestra condición humana que no es interrumpida por la muerte física, sino que es llevada a plenitud en Cristo Resucitado: *la vida de los que en ti creemos no termina, sino que se transforma*¹². Como nos recuerda san Juan Pablo II, *la liturgia tiene como primera función conducirnos constantemente a través del camino pascual inaugurado por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida*¹³. Pues, aunque la certeza de morir nos entristece, poniendo a prueba nuestra fe, Cristo nos acompaña, como a los discípulos de Emaús, para alentarnos con la luz de su Palabra y alimentarnos

12 Misal Romano, *Prefacio I de difuntos*. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1012.

13 SAN JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Vicesimus quintus annus* en el XXV aniversario de la constitución sobre la sagrada liturgia, n. 6.

con su Pan partido (cfr. Lc 23, 13-33), para ser así testigos de la esperanza alumbrada en la resurrección. De tal modo que en y con la fe de la Iglesia podamos anunciar a todos que este Cristo es la fuente de la vida, de la vida eterna.

José Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE**Enero*****San José y la eutanasia***

El pasado día 8 de diciembre el papa Francisco nos sorprendió a todos al anunciarnos que, desde ese día, hasta la misma solemnidad en 2021 celebraremos un Año Santo de San José. Curiosamente, cuando en Galicia nos estamos preparando para la apertura de la Puerta Santa de la Catedral de Santiago de Compostela el 31 de diciembre, significando así el comienzo del Año Jubilar por excelencia, el Santo Padre interviene para ayudarnos a intensificar ese año 2021 poniéndonos como modelo a San José.

Todos sabemos que es protector de la vida porque ayudó a salvar y proteger las vidas de María y de Jesús recién nacido. En realidad, podemos afirmar que San José ha sido el protector de la Vida porque, como muy bien sabemos, el mismo Jesús se presentará a sí mismo como Vida, Camino y Verdad. Nunca antes, como en estos momentos, ha sido tan providencial una determinación como esta del Papa Francisco. ¡No es cuestión de beatería! Todos sabemos de la devoción y recia confianza que el Santo Padre tiene a San José. En su lugar de trabajo, en la Casa Santa Marta, los que le visitan han podido contemplar como, sobre una consola, hay una imagen de San José durmiendo. O, quizás, sería mejor decir soñando. ¡Qué significativos son los sueños de San José que nos recoge el Evangelio! Pues bien, bajo esa talla, el Papa va dejando los asuntos más complejos y las encomiendas que le hacen. Buena costumbre para nosotros, si tuviéramos una auténtica devoción a San José deberíamos hacer lo mismo.

Os invito a que encomendéis a San José toda la problemática suscitada en torno a la Ley de la eutanasia. Eutanasia significa, si recurrimos al significado de esta palabra griega, “buena muerte”. La auténtica eutanasia o buena muerte debería ser la que permita al enfermo morir dignamente, aliviando su dolor, su angustia, su soledad, contando para ello no solo con la ayuda del personal sanitario, sino también con su familia, sus amigos, con el sacerdote. La eutanasia no debe ser un suicidio asistido bien directa o indirectamente, ni mucho menos un modo de liberar a la sociedad de personas “molestas” o “inservibles” y “costosas”, ni tampoco una forma indirecta de evitarle al Estado el gasto en cuidados paliativos y en asistencia domiciliaria. Esta última sí sería una actividad social que nos indicaría el grado de auténtico progreso de unas leyes y de toda una sociedad.

Supliquemos a san José que nos conceda una buena muerte y para ello que nos haga valientes defensores de la vida desde el momento de la concepción hasta su fin natural. En una sociedad como la nuestra en donde se nos habla tanto de una “cultura del bienestar y del progreso” es conveniente manifestar con claridad que todo aquello que va en contra de la vida, aunque sean leyes de progreso, es

un fracaso de toda la sociedad, porque la vida siempre es un don, en cambio, la eutanasia es un fracaso.

No es verdad que los cristianos prediquemos y apoyemos el encarnizamiento terapéutico, ¡todo lo contrario! Apostamos por el acompañamiento y los cuidados paliativos de aquellas personas que sean más vulnerables y que se encuentren en momentos críticos de dolor y de desesperanza, incluso en fases terminales de la vida. Seamos realistas. Recuerdo aquel epitafio que decía: “Como me ves, te verás”. Todo lo que hagamos por defender a los “descartados” de nuestro entorno y liberarnos de esa “cultura de la muerte”, en definitiva, lo estamos haciendo por nosotros mismos y por nuestros seres queridos. ¡Defender la vida es hacer que la Navidad acontezca todos los días!

Con afecto os bendice,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Febrero

Juntos lograremos grandes cosas

La solidaridad parece una palabra un tanto gastada y usada por unos y por otros, a veces sin pudor; sin embargo, está cargada de un profundo contenido, así como de una amable exigencia que nos lleva a romper las fronteras del individualismo, del “yo solitario” y nos abre al “yo solidario” que descubre en los otros el rostro del hermano que nos necesita. En este mes de febrero celebramos la Jornada de Manos Unidas, una institución que ya tiene más de sesenta años de historia y que es de sobra conocida por toda persona abierta a proyectos solidarios. En el almanaque de mesa que nos ofrece Manos Unidas para este año 2021 se recoge una frase de la Madre Teresa de Calcuta: yo hago lo que usted no puede y usted hace lo que yo no puedo. Juntos podemos hacer grandes cosas.

Esta santa es casi contemporánea a algunos de nosotros, porque la hemos visto personalmente, la hemos conocido, la hemos escuchado, asistimos a sus funerales y gozamos con su glorificación llevada a cabo solemnemente por la Iglesia el domingo 4 de septiembre de 2016. Ella sí que es una maestra de la solidaridad, sin buscar publicidad ni marketing para la congregación religiosa por ella fundada; ella ha sido capaz de traducir el “Evangelio vivo”, que es el mismo Jesucristo, en fórmulas muy concretas, llenas de vida y abiertas a todos. No se quedaba en las apariencias, ni en las etnias, ni en las diferencias sociales, ella buscaba el caminar juntos en la realización de una gran empresa, hacer el bien a todos, en especial a los más abandonados o, como bien decía ella a sus religiosas: sé fiel a las cosas pequeñas, ya que es en ellas donde la fuerza reside. ¡He ahí la clave de la solidaridad!

Este año el lema de la jornada de Manos Unidas es “Contagia solidaridad para

acabar con el hambre”. La suma de muchos pocos puede conseguir que se hagan realidad muchas empresas, entre ellas la de la lucha contra el hambre. Nuestra sociedad es muy sensible a todo esto, pero, posiblemente, le falta dar el paso a la acción. Es decir, que ante el hambre de alimentos y de medios de vida, palidecen los individualismos y los localismos a los que nos tienen “confinados” los que nos dirigen. Ante todo eso se alza la voz profética del papa Francisco que nos recuerda que el principio del bien común se convierte en una llamada a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres. Solo aquellos que sepan descubrir que la falta de amor es la mayor pobreza serán capaces de poner amor en todas las cosas, también en las más insignificantes, porque en bastantes ocasiones nos encontramos con personas que están dispuestas a realizar grandes hazañas, pero hay muy pocas que estén dispuestas a hacer pequeñas cosas todos los días. La filosofía de fondo de Manos Unidas se apoya en aquel principio que había tematizado San Juan de la Cruz: Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor. Este principio han sabido hacerlo operativo las mujeres que han fundado Manos Unidas.

La intuición femenina y la apertura del corazón a tantas necesidades como todavía existen en el mundo les hizo descubrir que la solidaridad, cuando es auténtica, se contagia. Este hecho queda reflejado en las aportaciones económicas de los socios y donantes que son más del 80% de sus ingresos; y no solo eso, sino también los voluntarios que en cada Diócesis hacen posible que llegue a muchos conciudadanos la realidad de tantos proyectos que se centran en el ámbito de la salud, de la formación, de los alimentos y de los medios de vida de tantos pueblos y de sus gentes. No basta con hablar de la solidaridad, es imprescindible creer en ella, y eso lo podemos hacer cuando descubrimos que en las pequeñas cosas se encuentra la clave de muchas soluciones. ¿Acaso prescindir de un café al mes y entregar el importe del mismo, a lo largo del año, supone un gran esfuerzo o quizás una renuncia excesiva para nuestra economía? ¿Y si ese pequeño detalle, unido a los de otros muchos a lo largo del tiempo, se convierte en promotor de uno de esos proyectos que nos ofrece Manos Unidas?

A pesar del covid-19, que nos está azotando y nos llena de temores, también existen otras realidades, quizás peores, que apagan tantas vidas y truncan tantas esperanzas. En medio de esta pandemia, Manos Unidas nos recuerda que la solidaridad se contagia cuando el corazón se abre a los demás; esto lo estamos viviendo en nuestra sociedad que se encuentra enferma. Contagiamos solidaridad y se acabará el covid-19; contagiemos solidaridad y se acabará el hambre en el mundo; pero para llevar a cabo este proceso es necesario tener un corazón abierto a las necesidades de nuestros hermanos y, antes, percibirlos y sentirlos como tales.

Con afecto os bendice,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Marzo***¡Un corazón vivo!***

Cuando repaso las páginas del Boletín Oficial de la Diócesis y leo lo que han escrito mis venerables predecesores, me encuentro que, con ocasión del Día del Seminario, con mucha frecuencia aparece esta idea: “El Seminario es el corazón de la Diócesis”. Yo mismo, en una de mis primeras cartas pastorales, decía lo mismo y en el mismo sentido que los pastores precedentes. El Seminario es el corazón vivo que mientras existe supone que nuestra Iglesia particular mantiene su “ritmo vital”. La experiencia nos dice que cuando hay que cumplir con el doloroso deber de cerrarlo, algo se muere en la Diócesis y, tarde o temprano, se dejan sentir daños colaterales en la mayor parte de la actividad pastoral diocesana. Después surgen los lamentos y, en algunos casos, intentos para volver a abrirlos, pero esa es una tarea muy complicada.

El Seminario no solo es ese gran edificio, herencia de la generosidad de nuestro pueblo, de sus sacerdotes y de los obispos que presidieron en la caridad esta “porción del Pueblo de Dios” que es nuestra Diócesis. Es, además, el centro formativo que acoge y acompaña en un largo proceso de discernimiento hasta llegar a la recepción de las Órdenes Sagradas a aquellos jóvenes que se han sentido llamados al ministerio. Por otra parte, no podemos olvidar que en torno al Seminario se encuentra un Instituto Teológico, afiliado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, en el que se forman los seminaristas tanto del Seminario Mayor “Divino Maestro” como del Seminario Misionero “Redemptoris Mater”. Se procura que la formación tenga su exigencia universitaria y para cumplir este objetivo los profesores son conscientes de su misión pastoral y de la exigencia que esta conlleva, sabiendo que en la medida en que se preparan bien y se actualizan, ellos mismos son los primeros beneficiados. El estudio y la formación continua es una dinámica de la inteligencia humana que cuanto más nos exigimos, más y mejores docentes somos.

Este año, el Día del Seminario lo celebraremos bien el día 19 de marzo, solemnidad de San José, o bien el domingo 21. Ruego a toda la comunidad diocesana que aprovechemos esta ocasión para hacer llegar a todos la vital importancia del Seminario para nuestra vida y misión. Por otra parte, no podemos cejar en nuestro compromiso con los Seminarios Diocesanos. Son una obra de toda la Iglesia. Si en épocas de gran carestía económica y de graves dificultades, los sacerdotes y los demás fieles ayudaban con sus oraciones, incluso económicamente, la Obra de las Vocaciones, hoy como ayer, o más que ayer, mantener vivas estas instituciones es un reto muy grande para la Diócesis. Por otra parte, el Seminario es ese Presbiterio en gestación; es decir, ese ámbito donde se van desarrollando las vidas y el ministerio de los que serán los sacerdotes que atenderán las comunidades cristianas de la Iglesia en Ourense.

Como esta empresa pastoral es tan importante, este año, como siempre, se la encomendamos a san José, en este su Año Santo, para que, no solo nos conceda vocaciones sacerdotales, sino que también nos procure los medios para el sostenimiento de los Seminarios. El lema de este año es “Padre y hermano como san José”. Eso deseamos y pedimos al santo Patriarca de los sacerdotes que se forman en nuestros seminarios, que aprendan a ser padres y hermanos de los hombres y mujeres que habitan nuestros pueblos para hacerles llegar así el rostro amable del Buen Pastor. Rezar y ayudar a la Obra de las Vocaciones -como decía uno de mis venerables predecesores- es no solo una tarea obligada de todo el pueblo santo de Dios -sacerdotes, miembros de la vida consagrada y fieles laicos-, sino que es una exigencia de todos los hijos de la Iglesia porque gracias al Seminario se puede hacer realidad la tarea evangelizadora de nuestra sociedad en y desde las parroquias y los demás centros de atención pastoral.

Sin la presencia del sacerdote, en una sociedad cada vez más laicizada y fuertemente secularizada, la vida y el mensaje de Jesucristo no podrá llegar “hasta el fin de la tierra”; de ahí que ayudar o comprometernos con la tarea de hacer presente en nuestra sociedad la labor que se está haciendo en nuestros Seminarios Diocesanos es una apuesta de futuro de la que dependen realidades muy importantes de las que se beneficiará todo nuestro pueblo, incluso aquellos que no comparten nuestra fe.

Os bendice con afecto y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense